

# Alternativas vivas a la crisis climática: Defensoras de la Tierra en la COP26: Un manifiesto por la vida

por **Florina Mendoza-Jimenez, Mitzy Violeta Cortés-Guzmán, Wilma Esquivel-Pat, Rosa Marina Flores-Cruz, Wendy Monserrat López-Juárez, Tania Eulalia Martínez-Cruz, Iván Daniel Martínez-Pichardo, Erandi Medina-Huerta, María Beatriz Tzuc-Dzib, y Carlos Daniel Valdovinos-Pérez**<sup>1</sup>

*Nuestras abuelas y abuelos nos guían, nos dan palabra y acompañan nuestro camino para hacer conciencia y pensar en nuestro pueblo. Tenemos la certeza de que nuestras visiones como pueblos originarios son las que han procurado la continuidad de la vida. Sentimos y vimos la necesidad de luchar juntas, por una justicia climática que ponga la vida en el centro. Nosotras, nosotros, somos naturaleza, lo que hacemos es curarnos con la tierra.*

— **Delegación Defensoras de la Tierra**

## El camino de llegada

En noviembre de 2021, como Delegación de Defensoras de la Tierra<sup>2</sup> viajamos a Glasgow, Escocia para asistir a la Conferencia de las Partes No. 26 en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático

(COP26), con el propósito de hackear la narrativa actual de las élites ante la “crisis climática” y colocar al frente una narrativa de vida. Nuestro grupo está formado por juventudes que actúan por la interculturalidad y la justicia climática pertenecientes a Legado Gaia (LEGAIA), la División Juvenil de Cambio Climático (DJCC), las mujeres defensoras de la Red Futuros Indígenas y las territorialidades Nuu Savi, Maya, Afrodescendiente, Nahua, K’iche’, Èyuujk, P’urhépecha, Amuzga y Zapoteca, quienes desde nuestra postura política defendemos nuestros territorios.

Este texto es el resultado colectivo de nuestros sentipensares como delegación. Reconocemos que nos une la defensa de la vida desde la diversidad de enfoques y acciones; por ello hablamos en femenino, para recuperar los sentipensares de las mujeres indígenas dentro

<sup>1</sup> Nota de las y los autores: Este es un trabajo colectivo, nuestros nombres se encuentran enlistados alfabéticamente reconociendo que todas las personas participamos de manera igual en la construcción de este texto y que no podemos jerarquizar nuestros sentires, pensares e identidades.

Florina Mendoza-Jiménez (autora correspondiente: Itaxavil6@gmail.com), Mixteca, doctoranda, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, Mexico; Mitzy Violeta Cortés-Guzmán, Mixteca, egresada de Ciencias Políticas y Administración Pública, UNAM, e Integrante de Milpa Climática y Futuros Indígenas; Wilma Esquivel-Pat, Mujer Maya, licenciada en biología, poeta, Centro Comunitario U Kúuchil K Ch’i’ibalo’on, Futuros Indígenas; Rosa Marina Flores-Cruz, afrobinizá, Maestra en Desarrollo Rural, Asamblea de Pueblos Indígenas del Istmo en Defensa de la Tierra y el Territorio; Wendy Monserrat López-Juárez, Zapoteca serrana, investigadora independiente en Universidad de la Tierra, Oaxaca, Licenciada en Comunicación; Tania Eulalia Martínez-Cruz, Èyuujk ja’ay, Investigadora Asociada, Universidad Libre de Bruselas, Bruselas, Bélgica; Iván Daniel Martínez-Pichardo, egresado de la licenciatura en Relaciones Internacionales, UNAM, e Integrante de Legado Gaia, Futuros Indígenas y División Juvenil de Cambio Climático; Erandi Medina-Huerta, P’urhépecha, Maestra en Geografía Humana por el Colegio de Michoacán; María Beatriz Tzuc-Dzib, mujer maya doctoranda Universidad Autónoma Metropolitana; Carlos Daniel Valdovinos-Pérez, egresado de la licenciatura en Relaciones Internacionales, UNAM, Legado Gaia, Futuros Indígenas, Fridays for Future MAPA.

<sup>2</sup> Futuros Indígenas, “Manifiesto Defensoras de la Tierra”, 23 de noviembre de 2021, <https://www.facebook.com/futurosindigenas/photos/pcb.219422140329530/219420760329668/>.

de la delegación, en algunas otras secciones se expresan las voces de las juventudes participantes y en otras nuestra voz colectiva.

Reconocemos que cualquier acción climática que no integre a las comunidades originarias que cuidan la Madre Tierra y preservan el 80% de la biodiversidad global, está destinada al fracaso. En los espacios internacionales de toma de decisiones en torno a la crisis climática hay una falta de representación y escucha tanto de las juventudes como de las comunidades indígenas, a pesar de que somos quienes lideramos la lucha por el clima.

Como parte de la delegación de Defensoras de la Tierra llegamos a la COP implicadas directamente con la defensa de la vida, y eso marcó la diferencia de nuestra presencia. En este espacio, hablamos desde el dolor de nuestras pérdidas y luchas diarias, porque defender la vida de este monstruo que avanza a pasos agigantados nos ha costado violencia y criminalización, somos el blanco de gobiernos y corporaciones al señalar sus intereses. En 2020, un tercio de las personas defensoras del territorio asesinadas alrededor del mundo pertenecían a pueblos indígenas (Global Witness 2020).

Nosotras, que resistimos desde nuestros territorios el avance de la destrucción, abrazamos nuestra memoria, saberes y espiritualidad que todo este gran sistema destructor quiere eliminar. ¿Cómo no hablar de la devastación, si estando cerquita de la tierra, vivimos en carne propia la destrucción? ¿Cómo no preocuparnos si los alimentos se pierden al ser dañados los ciclos del tiempo? ¿Acaso es difícil entender que no hay alegría y dignidad en los territorios si son destruidos y con ello también la vida de las mujeres es violentada? La red de vida tiene violencias múltiples, así como nuestros cuerpos.

La crisis climática es solo un síntoma de algo que llegó hace más de 500 años a nuestros territorios con la colonización y el capitalismo. Debido a estas dinámicas, actualmente los pueblos y las

juventudes vivimos en un planeta violentado que está colapsando y está siendo aniquilado por el despojo. Dentro de espacios como la COP, la crisis climática no es concebida en su complejidad: como una crisis civilizatoria que ha puesto en peligro no solamente la biodiversidad del planeta, sino la vida humana. En la COP abunda una narrativa ecomodernista y tecnocrática que busca resolver los efectos devastadores sobre la tierra y todo ser vivo desde los mismos medios que la causaron, y reproduce el discurso de “desarrollo” que ha servido a los Estados nación para el despojo de los territorios y bienes naturales.

Existe una visión del mundo impuesta, que ha jerarquizado a los países desarrollados y subdesarrollados a costa del saqueo y destrucción de nuestros territorios (Escobar 2014). Por ello, nos referiremos a los territorios y poblaciones que han sido sujetos de la dominación capitalista y colonial como Sur Global, más que como países en desarrollo (Sousa Santos, Meneses y Aquiló 2014). Asimismo, entendemos el Norte Global como aquellos países y poblaciones que se han beneficiado por el extractivismo de tales territorios para su “desarrollo” (Machado 2015, 16).

Estas dinámicas desarrollistas se relacionan directamente con el extractivismo, que impone formas utilitaristas de mirar la naturaleza y nuestro entorno en nuestros territorios, mediante megaproyectos como: el Corredor Interoceánico y sus polos industriales de “desarrollo” financiado con capital Chino, o los agronegocios de Michoacán que están devastando los territorios con monocultivos, destruyendo los bosques, acaparando el agua y contaminándola. En el centro de México, comunidades de Puebla, Morelos y Tlaxcala son afectadas por el Proyecto Integral Morelos (PIM) de inversión española, francesa e italiana, donde se encuentra la empresa Saintgobain, quien financió la COP26.

Incluso, de acuerdo al Atlas de Justicia Ambiental (2022)<sup>3</sup>, existen conflictos socioambientales en el Sur Global, resultado de los llamados “Mecanismos de Desarrollo Limpio” presentados

<sup>3</sup> Atlas de Justicia Ambiental, “Global Atlas of Environmental Justice”, <https://ejatlas.org/> (acceso 9 de marzo de 2022).

como “soluciones climáticas”. Como ejemplo, el caso de los parques eólicos en el Istmo de Oaxaca impulsados por Iberdrola y Scottish Power (entre otras), también financiadores de la COP26. A partir de estos mecanismos, muchos gobiernos y empresas del Norte han financiado megaproyectos o comprado sumideros de carbono en el Sur, sin realmente mitigar sus emisiones (Martínez et al. 2021, 6).

Estos proyectos junto con la inacción del Estado mexicano para proteger a los pueblos, se relacionan con el asesinato de Samir Flores Soberanes en 2019, defensor del agua y la tierra. Asimismo, empresas mineras originarias de Canadá, Estados Unidos, Reino Unido, Suiza, Australia, Japón e India están devastando la tierra y envenenando nuestros ríos en todo el territorio mesoamericano, como en el municipio de El Estor en Guatemala y en el estado de Morelos en México. Todos estos proyectos se pretenden construir a costa de la voluntad de los pueblos y de la sangre de los defensores y defensoras del territorio.

Además, es claro que estas “soluciones” han sido insuficientes para limitar los efectos de la crisis climática. Tal parece que en los últimos años los Estados han puesto más esfuerzos para “proteger” la naturaleza; sin embargo, la devastación climática sigue aumentando, impulsada por quienes se benefician de la inacabable necesidad de acumulación (O'Connor 2002). El Norte Global es responsable del 92% de las emisiones históricas de Gases de Efecto Invernadero (GEI) causantes del cambio climático (Hickel 2020), así como las élites del Sur Global que justifican el extractivismo como forma de “desarrollo” (Martínez et al. 2021, 5).

En la COP26 la delegación más grande estaba conformada por empresas de combustibles fósiles, cuando está registrado que 100 de estas empresas han producido el 71% de las emisiones de GEI desde la Revolución Industrial (Climate Accountability Institute 2020). Otros responsables son los gigantes de la agroindustria que ahora contaminan incluso más que algunas grandes petroleras (GRAIN 2018) y las fuerzas armadas de países del Norte Global que han causado que la

temperatura del planeta, y con ello los efectos del cambio climático, sigan aumentando (Belcher et al. 2020; Bigger y Neimark 2017).

Frente a esta realidad, las Defensoras de la Tierra entendimos que la COP no es un lugar de acción climática. Estar ahí nos dejó claro que nuestra visión nos hacía distintas de quienes miran estos espacios como el lugar de las soluciones. Asistimos con la claridad de que sus “soluciones” para “mitigar” el cambio climático, son problemas para nuestros territorios. En cambio, llegamos con el deseo de compartir con otras reexistencias del Norte y Sur Global, los retos que enfrentamos en nuestras comunidades y las alternativas vivas que creamos para protegernos, cuidarnos y sanarnos colectivamente con la tierra.

Nos organizamos de forma autónoma y nos preparamos durante varios meses en diversos temas para emprender el camino. Si bien, en un inicio se planteó como meta llegar a la COP26, en realidad esto se convirtió en un medio para encontrarnos y tejer redes. Tuvimos largas asambleas, capacitaciones con académicos, académicas y activistas, buscamos acreditaciones, creamos un fondo colectivo para solventar los gastos de la delegación e hicimos una campaña donde planteamos la urgencia de defender el futuro como un territorio frente a la crisis climática.

Al llegar, nos dimos cuenta que las COP funcionan con el tiempo del capitalismo, que avanza en línea recta y en miras al desarrollo, la principal trampa del colonialismo. Estar en el Norte Global fue desgastante. Su tiempo constriñe, asfixia, controla. Lo mismo pasó con nuestras voces al interior de las negociaciones, fueron ignoradas. El tiempo que han construido lo usan como su mayor aliado, donde la emergencia debe atenderse con soluciones rápidas basadas en el dinero, a costa de la invasión de nuestros pueblos y ecosistemas. Para los dueños del tiempo se puede comprar el futuro. Sus acuerdos estaban plagados de planes de cero neto, en los que se planea “compensar” en el futuro las emisiones producidas por el estilo de vida de pocos en el presente.

Nuestra concepción del tiempo es distinta, el tiempo renueva, es paciente, hace espiral, donde la vida es también contingencia. Toma tiempo ponernos de acuerdo y organizarnos, porque escuchamos y respetamos la palabra, los sentires, los ciclos espacio-temporales y la guía de nuestros ancestros. La recurrente anulación de nuestra palabra nos hizo saber que no quieren integrarnos a las negociaciones. El reclamo por mantenernos en la norma de su tiempo fue revelador. Fuimos una contingencia en un mundo en el que el control ha sido la clave para dominar las vidas, para moldearlas y para mantenerlas en un solo curso: el del progreso moderno occidental.

En varias ocasiones experimentamos la lógica unidireccional del Norte Global: en las restricciones de entrada a los espacios de incidencia, en la delimitación de espacios “exclusivos” para pueblos originarios y juventudes y, en todo momento, el inglés como idioma universal que se convirtió en una frontera. Entendimos algo: nuestras vidas se vuelven o una forma de legitimación política y tokenismo, o un estorbo. Los pueblos indígenas y las juventudes somos vistos de manera pasiva, como receptores de políticas y acuerdos entre los Estados nación y las corporaciones, pero no quieren ver que en realidad *somos la alternativa viva a la crisis climática*.

Confirmamos que para nuestras comunidades ancestrales, esos espacios no son fructíferos, sentimos los atropellos en nuestros cuerpos. Llegamos con la voz de nuestras comunidades que están siendo afectadas por el extractivismo y nos encontramos con un espacio desesperanzador, un espectáculo en el que el absurdo es la norma. En las COP muchas personas aplauden las “soluciones” que despojan nuestros territorios, legitiman las decisiones de las corporaciones y gobiernos que han causado la crisis, y ven como “éxito” las negociaciones que nos llevarán a un planeta de 2.4°C (Climate Action Tracker 2021).

Sin embargo, a pesar de todo, sentimos que es importante seguir tomando estos espacios para denunciar las injusticias ambientales. Estos

lugares necesitan ser sanados, ser más diversos, abiertos al diálogo y a la interculturalidad. No debemos olvidar que no es posible crear protocolos que detengan los efectos del cambio climático, sino se incorporan y atienden las demandas de las comunidades que ya lo están viviendo. Estamos convencidas que es necesario plasmar la escala de los efectos que el cambio climático tiene en nuestras comunidades porque, para quienes vivimos en el Sur Global, la crisis climática no es algo del futuro, es algo del presente. El cambio climático está impactando directamente a nuestros cuerpos y está poniendo en peligro la continuidad de muchas culturas en el mundo que son los reservorios del cuidado de la tierra y la vida en medio de la crisis.

Para construir los futuros que queremos habitar, las respuestas a la crisis climática están en los territorios ancestrales, debemos establecer diálogos interculturales y tejer conexiones con movimientos y comunidades que pongan la vida en el centro. A pesar de las vicisitudes, fue valioso conocer las dinámicas y los discursos en espacios alternativos, ahí, nos encontramos con personas y grupos que resisten y cuidan la vida de distintas formas. Tejimos con sus dolores y sus luchas para sembrar esperanza. Nos curamos estableciendo relaciones recíprocas en un diálogo de saberes dirigido hacia un mismo fin: detener la crisis climática y todos los sistemas de opresión que nos atraviesan.

En nuestras pieles floreció la historia de desigualdades que cargamos desde nuestros territorios, el daño a nuestros pueblos, revivimos injusticias que no sabíamos que llevábamos cargando en nuestros cuerpos. Habitar aquellas tierras tan heridas también nos hizo reconciliarnos, para sanar a nuestras comunidades y a ese territorio tan lastimado. Nos unimos a las organizaciones de esas tierras, con los sentires compartidos, con el dolor del bosque y con la opresión de las minorías que están ahí: resistiendo. Estar en ese lugar con memoria antigua nos hizo ir y abrazarla, reconocer sus espíritus y energías que persisten y existen, aún, en medio de tanta destrucción.

Nuestros cuerpos generaron interrupción, señalaron la urgencia de mirar de frente a los poderosos, de gritar: ¡ya basta de explotar la tierra!, porque ponen en peligro nuestra existencia como pueblos y la vida que nos rodea. Quienes se han alejado de la tierra han perdido el horizonte, han olvidado su palpitar, necesitan retornar a ella para mirar lo imprescindible de la vida y los elementos que la componen, es ahí donde comienza el cambio, en el reconocimiento de nuestro ser y estar en este mundo. Estamos entrelazados y entrelazadas, tenemos una casa común: la tierra, nuestras vidas también son dignas.

Los estilos de vida actuales no pueden seguir manteniéndose a costa de la explotación en nuestros territorios. Cada ciudad y comunidad concreta debe encontrar sus maneras propias y autónomas de construir, sin colonizar y explotar otros territorios, dejando de vivir a costa del sufrimiento de nuestras tierras.

Hicimos florecer nuestra voz en medio del pálido invierno para hackear las narrativas de los espacios cooptados por discursos extractivistas, formulados por corporaciones internacionales en alianza con Estados nación. Nos mueven las ganas de continuar construyendo desde lo concreto, desde nuestros territorios, para seguir defendiendo la vida, caminando junto con otras, con la certeza de que no estamos solas y es necesario tejer con distintos lugares del mundo para seguir sembrando y cultivando. Sabemos que la esperanza está en los territorios plurales, en la sabiduría ancestral que vive en nuestra gente, que es guía de acción para el futuro.

## Referencias

- Belcher, O., P. Bigger, B. Neimark, and C. Kennelly. 2020. "Hidden Carbon Costs of the "Everywhere War": Logistics, Geopolitical Ecology, and the Carbon Footprint of the US Military". *Transactions of the Institute of British Geographers* 45 (1): 65–80.
- Bigger P., y B. Neimark. 2017. "Weaponizing Nature: The Geopolitical Ecology of the US Navy's Biofuel Program". *Political Geography* 60: 13–22.
- Climate Accountability Institute. 2020. "Update of Carbon Majors 1965–2018". Press release, 9 December 2020.
- Climate Action Tracker. 2021. "The CAT Thermometer". Update 9 November 2021. <https://climateactiontracker.org/global/cat-thermometer/>.
- Escobar, Arturo. 2014. *La invención del desarrollo*. Popayán, Colombia: Editorial Universidad del Cauca.
- Global Witness. 2020. "Las industrias responsables de la crisis climática y los ataques contra las personas defensoras". Global Witness, septiembre 2021. <https://www.globalwitness.org/es/last-line-defence-es/>.
- GRAIN. 2018. "Big Meat and Dairy Companies Are Heating Up the Planet". Grain.org, 18 de julio de 2018. <https://grain.org/es/article/5999-big-meat-and-dairy-companies-are-heating-up-the-planet>.
- Hickel, Jason. 2020. "Quantifying National Responsibility for Climate Breakdown: An Equality-Based Attribution Approach for Carbon Dioxide Emissions in Excess of the Planetary Boundary". *The Lancet: Planetary Health* 4 (9): e399–e404.
- Machado Aráoz, Horacio. 2015. "Ecología política de los regímenes extractivistas: De reconfiguraciones imperiales y re-existencias decoloniales en nuestra América". *Bajo el Volcán* 15 (23): 11–51.
- Martínez, I., M. Cortés, T. Zega, I. Ávila, C. Valdovinos, S. Acosta, L. Samaniego, P. Sifuentes y I. Balderas. 2021. "Justicia climática desde ABYA YALA: poniendo la vida en el centro. No necesitamos cero neto, necesitamos cero extractivismo". [https://drive.google.com/file/d/1HJyMp5PRHFY1xAnR6wWaT\\_SRIWkdmoBk/view](https://drive.google.com/file/d/1HJyMp5PRHFY1xAnR6wWaT_SRIWkdmoBk/view).
- O'Connor, James. 2002. "¿Es posible un capitalismo sostenible?" En *Ecología política: Naturaleza, sociedad y utopía*, ed. Héctor Alimonda, 27–52. Buenos Aires: CLACSO.
- Sousa Santos, Boaventura de, María Paula Meneses y Antonio Aguiló. 2014. *Epistemologías del sur: Perspectivas*. Madrid: Ediciones Akal. //